

La enfermedad invencible

Anamari Gomís

La Invencible de Vicente Quirarte es un ensayo literario, un manifiesto autobiográfico y especialmente biográfico del padre del autor, el historiador Martín Quirarte; resulta también una reflexión sobre el origen de la escritura, una lectura de libros cardinales y el rastreo real y literario de una enfermedad invencible, aunque no siempre, que conocemos como depresión. *La Invencible* toma su nombre de una cantina en San Ángel, adonde Vicente, el poeta, acude de vez en cuando. Después de todo hay que tomar el asunto con tantito humor, supongo.

Entrar a *La Invencible*, el texto, lleva al lector a deambular por los pasillos de una prosa de envidiable factura que, si a ratos escamotea el tema que nace de una depresión mayor, en otros momentos lo enfrenta tal cual: el suicidio.

¿Qué lleva a un hombre de letras, a un especialista en historia, con una biblioteca privilegiada y una familia, a optar por una muerte, cruda y brutal?

Escribe Vicente Quirarte: “Quienes lo conocimos y lo amamos, pronto nos dimos cuenta de que su apartamento era una suprema galantería hacia los vivos y la única lección que un maestro puede darnos: hacerse a un lado para que pasen los que vienen” (p. 25).

La explicación que el autor se da a sí mismo, y que ofrece a los lectores con lujo de información, reside en que su padre se suicidó en el momento en que ya no pudo escribir. Cita a Kurt Cobain, el vocalista y compositor de *Nirvana*: “I don’t have the passion anymore, and so remember, it’s better to burn out than to fade away”. O sea, “es mejor incendiarse que borrarse”, según Bernardo Esquinca.

¿Cómo subsistir a esa tierra baldía en la que se ha apagado la lumbre creativa? ¿De

veras ocurre así? En lo personal, en ciertas ocasiones, al escribir, surge de un fogonazo un pequeño universo, en el que las palabras y las ideas parecen ajustarse unas a otras, pero de pronto cruzo trayectos yermos: nada se acomoda, me domina el abatimiento... hasta que en el momento menos pensado una larva de algo comienza a moverse.

“Crear es respirar y no crear equivale a morir”, apunta Vicente. Ante eso, no le quedó al maestro Quirarte, su padre, más que recurrir al suicidio. La dilucidación de esto recurre a lo literario y, en este sentido, resulta absolutamente verdadero y no cabe otra posibilidad. El bibliófilo, adorador de Flaubert, “mala conciencia de su tiempo”, como llamó Saint-John Perse a los escritores de las sociedades industrializadas, autor, entre otros libros, de *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano* y de *El problema religioso en México*, maestro de varias gene-

raciones en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Martín Quirarte enmudeció en algún momento y eso es “vivir en un estado parecido a la muerte”.

El suicidio de Martín Quirarte no podría ser más legítimo. Como propuso Albert Camus, quitarse la vida resulta el gran problema filosófico. Morir o no morir por propia mano, ésa es la cuestión.

La Invencible merodea por la literatura, desde Rimbaud a los Contemporáneos, a Octavio Paz y a Efraín Huerta. Cita poemas, se refiere a escritores ingleses como Burton y su genial *Anatomy of Melancholy* y a clásicos como Séneca y sus *Cartas a Lucilio*. Algunos de ellos abordan el desfallecimiento del mal de tristeza o la brevedad de la vida, pero, en general, Vicente Quirarte nos dice, yo creo, que toda escritura, o todo arte, mientras se engendra, aparta al creador de esa única realidad que es la sombra de la muerte.



Cantina La Invencible, San Ángel, México, D.F.

Sin embargo, Vicente acepta, más allá de lo literario, que su padre padecía una enfermedad del alma que él denomina “la Invencible”. Se trata de la despiadada depresión con la que el escritor William Styron luchó hasta su muerte, la que empuja al silencio y muchas veces a un estado de locura nada agradable. El que vislumbra la locura no la pasa bien. Virginia Woolf, quien, según su sobrino Quentin Bell, sufría de bipolaridad, se dejó vencer, todo sabemos cómo. Un muchacho joven que conozco, maniaco depresivo, con una larga historia de perturbación, a pesar de sus pocos años, se infligió el castigo que Edipo se propinó a sí mismo. Acaso, pues, el suicidio es una solución, satanizada por las religiones, por los médicos y por la moral. No lo sé. Vicente Quirarte ha abordado la cuestión fundamental de la filosofía con garra, con inteligencia, con pena de la vida. Su padre, un hermano, un amigo eligieron salir “por la

puerta falsa”, como se dice y se dice mal. El maestro Martín Quirarte ya había sopor-tado estancias en hospitales psiquiátricos, ya había agarrado al toro por los cuernos, ya había abrumado a su familia, ya no podía más. “Por eso, cuando en ese cuarto oscuro de Los Ángeles la voz de mi hermano Ignacio me dijo en el teléfono que papá había muerto, mi primera reacción fue de alivio. Aún ahora, con el paso de los años, no me arrepiento” (p. 97).

Sucede lo mismo cuando uno se halla ante un ser querido que se está muriendo, que entra en estado comatoso e ignoramos si se encuentra transitando por un tormento horrendo. Entonces, deseamos su final.

“El suicida”, escribe Vicente, “es un instrumento de precisión, su propia infalible guillotina” (p. 110).

Mientras escribo esto, es de noche y estoy sola, en la única compañía de mis tres perros. Padezco depresión crónica desde

muy joven o desde niña. Ya no lo sé. Vivo medicada y los ramalazos de acedia van y vienen. Nunca he pensado en el suicidio, no sería capaz de convertirme en mi propia guillotina, pero conozco el infierno por el que se atraviesa y la imperiosa necesidad de algunos de ponerle punto final a la tortura.

Más allá de esto, *La Invencible* es un homenaje al padre, un libro que ahonda en los entramados de la escritura, que organiza un paseo hamletiano por la obra de varios escritores, un texto de la añoranza, de la ciudad, de los viajes con la Patricia del autor y una mirada íntima al desconsuelo. En definitiva, un gran ensayo al que habrá que volver una y otra vez, pero no esta noche, que ahora ya es hoy y el mediodía nos alumbra. **U**

Vicente Quirarte, *La Invencible*, Joaquín Mortiz, México, 2012, 143 pp.



© Javier Nardiz



Vicente Quirarte